

hecho por aquellas lo hicieron por la música los inteligentes críticos y teóricos Mattheson y Marburg. Mas ésta alcanzó más rápidamente numerosos y grandes triunfos que las artes plásticas cuyas proezas ya no caen en el siglo XVIII. A la clarificación de la ciencia de lo bello músico siguió inmediatamente la producción más abundante. Jorge Benda introdujo en Alemania el melodrama, Juan Adán Hiller la zarzuela. Jorge Hayden dió á sus contemporáneos sus graciosos amenos cuartetos y sinfonías é hizo pasar por delante de sus arrobadamente atentos oídos el mito de la creación y la danza alternada de las estaciones en dos grandes cuadros musicales. Cristóbal de Gluck proporcionó á la naturalidad y profundidad de la música alemana una victoria brillante sobre la afeminación y exuberancia italianas y fundó mediante sus óperas (*Ifigenia in Aulida*, *Ifigenia in Taurida*, *Eco y Narciso*) un estilo operístico más noble y original alemán. A Hayden y Gluck siguieron Wolfgang Amadeo Mozart y Luis Beethoven, los dos de igual rango con Bach y Hendel en la música eclesiástica ó, mejor dicho, religiosa, aquél por su *Requiem* y éste por su *Missa solemnis*. Mozart, el afectuoso y sencillo salzburgués, derramó de su inagotable cornucopia de imaginación y sentimientos, sus sonatas, cuartetos y sinfonías, y creó la ópera clásica alemana. Sus óperas (*El rapto del Serrallo*, *La boda de Fígaro* y *La flauta mágica*, eran el deleite de nuestros abuelos y serán aun el goce de nuestros nietos. Pero superior á todas es su *Don Juan* que ha sido calificada no sin razón de compañero músico del *Faust* de Göthe. En esta ópera maestra han concurrido toda la dulzura, todo el esmalte de colores, toda la gracia y alegría del sur, con la conformidad y sublimidad del espíritu germánico, para formar un conjunto maravilloso artísticamente acabado. Y como á Göthe se juntó Schiller, así á Mozart el impetuoso renano Beethoven, quien compuso el *Fidelio*, y por la creación de sus nuevas grandes sinfonías llevó esta forma artística á su perfección clásica. Con la poesía de Schiller, la música de Beethoven tiene en común la plenitud del presentimiento del porvenir. La música de Beethoven es á la de Mozart como las canciones de Göthe á la lírica pensativa de Schiller. Y aun otra comparación me parece acertada: el que después de escuchar una sinfonia maestra de Beethoven, lee las «cartas sobre la educación estética del hombre» de Schiller, comprenderá sin dificultad que el idealismo alemán no ha emprendido nunca y en ninguna parte vuelos de águila más atrevidos que en aquellas obras.

Mientras de esta manera se preparaban las referidas victorias del trabajo civilizador alemán en el terreno de las artes, también la ciencia compenetrada y secundada por los principios de la filosofía kantiana, había desplegado una actividad juvenil múltiple y fructífera. El helenismo clasicista incitaba á la investigación radical y extensa, fundando luego un maestro y escritor tan ingenioso como Federico Augusto Wolf la filología sobre bases completamente nuevas, librándola del culto de la letra y demostrando porqué y cómo era y debía ser cada vez más un medio poderoso é irremplazable de la civilización humana. Los célebres *Prólogo a Homero* (1795) de Wolf abrieron á la filología nuevos campos de trabajo que luego fueron cultivados con afán

por sus contrincantes y émulos Buttmann, Böttiger, Boekh, Hermann, Otfried Müller, Thiersch, Lachmann, Welcker, Jakobs. Del suelo de la filología brotó también la extensa actividad científica de Guillermo de Humboldt, quien influyó muy considerablemente en la literatura clásica alemana por su intimidad con Schiller y su crítica estética, y ha fundado por su obra sobre la lengua kawi, la lingüística comparada que más tarde encontró su gran maestro en Francisco Bopp. El criticismo filológico y arqueológico había de ser también una palanca vigorosa de la historiografía, y en el año de 1780 salió Juan de Müller con su *Historia de la confederación suiza*, la cual, como primera obra de arte histórica, publicada en lengua alemana, fué saludada con gran interés y produjo grande efecto. La insuficiencia de Müller en la investigación de las fuentes, no la podían notar en aquel tiempo y la materia del libro tan simpática al temple liberal de la época hacía pasar por alto el estilo pretencioso, imitación afectada de Salustio y Tácito, del inconsecuente autor, al que después, como es muy sabido, Napoleón transformó en una ojeada de ardiente odiador en ardiente adorador. Mucho más rigurosamente manejó la crítica histórico Bartoldo Jorge Niebuhr, cuya *Historia romana*, por la formalidad de la investigación, la agudeza de la crítica y la gravedad del estilo, ha llegado á ser una obra modelo. Firme en la base de la ilustración y moral kantianas, permaneció toda su vida Federico Cristóbal Schlosser, quien con sus dos obras principales, la *Historia de la civilización de la antigüedad* y la *Historia del siglo XVIII*, ha penetrado muy adelante en el XIX; pero como hombre y varón, lo mismo que como historiador, abundaba en las ideas del clasicismo y se guiaba por ellas. Lo mismo que otras ramas del saber, la ciencia jurídica alemana experimentaba la influencia reformadora de Kant, aplicándose también en este terreno el método filosófico crítico que podía conciliar la experiencia con la idea, introduciendo en la práctica los principios del humanitarismo. En el primer sentido tuvo importancia, sobre todo, Gustavo Hugo, por su *Historia del derecho romano*, mientras que en el segundo, Anselmo Feuerbach, ha desplegado una actividad incansable y decisiva. Finalmente, encontramos las huellas del sabio de Königsberg, también en el campo de la ciencia natural alemana que se alzaba osadamente y para la cual el catédrico de Tubingen, Kielmeyer, trató primero de hacer fructíferos los principios kantianos. De la concepción barruntada ya por este investigador, del conjunto de la naturaleza como de un organismo desarrollóse después un trabajo científico múltiple en el cual tomaron parte gloriosa Juan Federico Blumenbach, quien fundó la ciencia de la anatomía comparada en Alemania y Abrahán Enoto Werner, el padre de la geognosia.

El clasicismo (la ciencia, la literatura y el arte juntos) había hecho á los alemanes (es decir á los que saben, los que están á la altura de la civilización de su época) hombres libres, pero también muchas veces nubámbulos que recibieron un sentimiento claro de su vecindad terrenal y política sólo por el vuelco del cosmopolitismo, haciendo subir la idea nacional. El haber provocado y facilitado este vuelco es esencialmente un mérito de Schiller, quien en su *Juana de Arc* y aun con más ahinco é insistencia en su *Tell* había acen-

tuado la idea de patria haciéndola hasta motivo fundamental de toda la civilización. La firmeza y profundidad de sentimientos del gran vate había comprendido pronto en toda su importancia el cambio que se había verificado en la naturaleza ó en el carácter de la revolución francesa. La revolución intelectual que en Alemania se había verificado simultáneamente con la política allende del Rhin, había alcanzado todo lo que era alcanzable en vista del desorden político del país y del grado de civilización del pueblo: la libertad é independencia de la investigación científica y en ambas y por ambas la emancipación del individuo, la autonomía de la personalidad. Así la idea cosmopolita del siglo xviii había encontrado en Alemania un desenvolvimiento teórico en todos los sentidos, mientras que en Francia se hacía una tentativa práctica de realización. Pero vino el gran fracaso de la práctica francesa y hubo de dar forzosamente una gran sacudida á la teoría alemana. El jacobinismo tirano y verdugo adentro, conquistador y ladrón afuera había arrancado ya las flores soñadas del árbol cosmopolita de la libertad. El napoleonismo derribó ese árbol. Admirados frotáronse los ojos los idealistas alemanes. ¿El evangelio cosmopolita de la libertad é igualdad no había sido pues sinó un sueño ilusorio? Mas el despotismo napoleónico era una terrible realidad; bajo su opresión aplastadora los alemanes empezaron otra vez á pensar en Alemania. En el año 1797, cuando á la malhadada paz de Basilea entre Prusia y Francia había seguido la más malhadada que Austria concluyó en Campo Fornio y en virtud de la cual Maguncia, la llave del imperio, fué entregada á los franceses, un alemán, José Görres, quien en los días de su juventud se había remontado fantásticamente á jacobino, como en los días de su vejez se rebajó fanáticamente á capuchino sin capucha, había saludado esta vergüenza con el descarado grito de júbilo: «¡La integridad del imperio está destruída! ¡Viva la república de los francos!» Ahora en el año de 1804, después que el tratado de Luneville había concedido á Francia toda la orilla izquierda del Rhin, y el gálico emperador ya se preparaba á dá á Austria y Prusia las bien merecidas palizas de Ulm y Austerlitz, Jena y Tilsit, para luego bajo el título de protector de la alianza del Rhin, dominar, estrujar, brutalizar de hecho á toda Alemania, ahora en vaticinador presentimiento de toda esta miseria y de toda esta vergüenza, pero también en el presentimiento de lo que podía y debía salvar de semejante estado lastimoso, ahora nuestro querido poeta había sentido:

«¡Cuán poderoso es el instinto de la patria!»

Y á la vista de la muerte había conjurado á su pueblo con las palabras:

«¡Oh! aprende á sentir de qué estirpe eres,
Anuda firmemente los congénitos lazos,
A la patria, á la querida, adhiérete,
Agárrate á ella con todo tu corazón,
Aquí están las sólidas raíces de tu vigor!»

Pero es el destino de los hombres y de los pueblos que no han de perma-

necer mucho tiempo sin enturbiarse, aun las corrientes de ideas y sentimientos nacidas de fuente más pura. Apenas hubo empezado á moverse de nuevo en los alemanes el «instinto de la patria» que ya se mezcló con ingredientes funestos. En el linde de los dos siglos había empezado el gran movimiento retrógrado que, nacido de la desesperación por el curso desgraciado de la revolución y propagado al principio por autores franceses como Bonald, Maistre y Chateaubriand, había invadido pronto á toda Europa. Sin duda el principio de nacionalidad fué secundado por esta corriente retrógrada, pero al mismo tiempo envenenado, emponzoñado por la adición de tendencias y aspiraciones clericales y feudales. En otros términos, la incipiente contra-revolución explotaba el sentimiento nacional en su provecho. Ella inventó y crió el llamado romanticismo, un modo de ver y sentir religioso, político y estético que al fin y al cabo no era más que la Edad media ataviada arbitrariamente y afeitada para disimular. Enseñaba á los hombres y á los pueblos mirar atrás en vez de adelante, más atrás que trás la revolución, aun más atrás que trás la reforma. Les mentía que atrás, muy atrás en las santas tinieblas había que buscarse la salvación. Con halagos les metía en el magin la ilusión del «buen tiempo antiguo piadoso.» Supo ganar á personas de talento, prescindiendo de las ventajas materiales que podía ofrecer, haciéndoles creer que ya no era compatible con las buenas maneras el ser protestante, libre pensador ó revolucionario, sinó que sentaban bien á los caballeros y damas de mundo las «costumbres de los abuelos piadosos», una migaja de feudalismo y un poco de catolicismo. De la multitud sin criterio apoderose embaucándola con la fantasmagoría de una «época caballeresca» como no había existido nunca. De los negocios de esta retrogradación que trabajaba con atrevido afán y empeño en la realización del pensamiento loco de repeler á Europa otra vez hácia la Edad media, encargábase en Alemania la «escuela romántica.» Para explicar el efecto grande, si bien pasajero, de esta «vuelta», puede contribuir la consideración que la sociedad europea por los sufrimientos que le habían infligido el jacobinismo y el napoleonismo, había quedado física y moralmente exhausta y hasta triturada. En esta condición no era difícil darle á entender que las vías cultas por que había enfilado el siglo xviii habían sido de todo punto equivocadas, debiendo forzosamente conducir á un fin funesto. En llegando á este punto los hombres se dejaban persuadir sin dificultad por los retrógados, que en los buenos tiempos antiguos piadosos todo había estado mejor y que debía y podía volver á ser así.

Por lo demás los principios de la vuelta, es decir, las transiciones del clasicismo al romanticismo, en Alemania al ménos, no dejaban prever sus progresos y su objeto final, porque estos principios se enlazaban con un poeta y un filósofo de tendencias decididamente liberales, Juan Pablo Federico Richter, llamado Jean Paul, de Wunsiedel (1763-1825) y Juan Amadeo Fichte de Rammenan (1762-1814). El primero, sin duda el más grande humorista de la literatura alemana, ha subido de la «fábrica de vinagre de la sátira» en la cual empezó su carrera á la esfera etérea, donde el humor «cual ave de paraíso que duerme volando sobre las alas extendidas, pasa las bajas resacas de la vida en el

sueño bello y feliz de su país materno ideal». En riqueza de fantasía, Jean Paul aventajó á todos los poetas alemanes, pero nunca se le reveló el secreto de la forma, y por esto sus obras, aun las mejores, hasta la obra principal de concepción grandiosa y plan genial, el *Titán*, no pueden producir un efecto limpio. El *Titán* estaba destinado á formar pareja, ó mejor dicho contraste con *Faust* y tenía todas las condiciones para ello en cuanto á su pensamiento fundamental y su disposición, pues la intención de la obra era exponer la historia del desarrollo de una persona armoniosamente acabada por su índole, educación y condiciones, desde la primera infancia hasta la madurez de todas las facultades, para comprender los problemas supremos de la existencia y para llevarla en conformidad. Pero la forma no hizo justicia al asunto. Al leer el *Titán* le parece á uno siempre que tiene delante un Correggio y un Teniers, pero los dos cuadros cortados en tiras y pedazos de todas las figuras posibles y barajadas luego en abigarrada confusión. Aquí mira el ojo más tierno, allí abre la boca más dulce, se mueve la mano más graciosa, rebosa el seno más encantador en medio de la confusión, y directamente al lado vemos unas torcidas caras de jugadores, borrachas narices de aldeanos, bebidas derramadas, desperdicios de cocina, pataleantes piernas de mozas de establo y palos blandidos al aire; en fin disonancia en todas partes. Las obras de Jean Paul produjeron un efecto extraordinario, sobre todo en los círculos de mujeres ilustradas, lo que á la verdad podía depender, como opinaba la muy inteligente judía berlinesa, Enriqueta Herz, de que el gran humorista pintaba á las mujeres, especialmente á las de rango, mucho más idealmente de lo que en realidad eran y son. Las ventajas de estas composiciones estribaban en que pedían y defendían la libertad del sentir en toda su extensión; su peligro estaba en que erigían la arbitrariedad de la genialidad en ley suprema del arte y en que además transfigurando las pequeñas miserias de la vida fomentaban una sensiblería indolente. Ciertamente Jean Paul no ha querido esto, puesto que se levantó contra el despotismo napoleónico y en su período más peligroso, como patriota atrevido, en varios de sus escritos, y que con toda la infinita caridad y dulzura de su corazón no carecía de viril enojo por la ignominia de su patria. Pero el lado malo del jeanpaulismo, es decir, el abandono del clasicismo que contribuyó á promover, estaba implícitamente en el carácter del humor tal como Jean Paul lo entendía y ejercía, pues este humor asentaba el yo humano como centro del mundo para medir en esta escala absoluta todos los fenómenos, y anonadarlos por su oposición á la idea. El yo humorístico admite pues una sola ley, el soberano albedrío de su egoísmo en el cual, como en un espejo cóncavo, el mundo fenomenal se refleja convertido en caricatura.

La filosofía de Fichte tenía mucha analogía con aquella humorística. En su forma primitiva y más original («Teoría de la ciencia» 1794) era la consecuencia lógica de la filosofía kantiana, pues Fichte potenciaba el idealismo crítico en absoluto intentando deducir con lógica científica y formar el mundo de un principio fundamental. Este principio fundamental proclamado por el filósofo es el yo, el individuo humano, el centro creador de las cosas. En su

autocracia absoluta el yo se afirma á sí mismo y con esto también el mundo que no es más que la objetividad finita del yo infinito. No es extraño que el pobre yo habiendo alcanzado felizmente á este pico de Matterhorn de la soberanía de la razón, empezara á sentir vértigo y desasosiego. Aquí, si alguna vez, el hombre «se asustó de su semejanza con Dios» y empezó por lo tanto sin demora á bajar cautelosamente de dicho pico de Matterhorn. En otros términos, la libertad absoluta del yo humano demostrada teóricamente por Fichte, según creía, no la podía sostener prácticamente, precisamente como Kant había vuelto á instituir como exigencia de la razón práctica, el Dios declarado cesante en su crítica de la razón pura. La teoría de la ciencia de Fichte por sus diferentes refundiciones se convirtió progresivamente en «instrucción para la vida beata» (1806) en la cual en lugar del yo, figuraba otra vez Dios, y en lugar del no yo el mundo, calmándose todo el tumulto revoltoso del pensamiento filosófico por la vuelta al cristianismo. Por lo demás; prescindiendo de su sistema filosófico, Fichte merece un puesto honorífico prominente en la historia de su patria como adalid intrépido y perseverante de la libertad de pensar y hablar, acentuando enérgicamente como ningún otro docto alemán antes de él la relación directa de la ciencia libre con el Estado libre. También ha sido un patriota tan perspicaz como valeroso, y como tal ha hecho el mejor trabajo de su vida, pronunciando en el invierno de 1807 á 1808 en las aulas de la Academia de Berlín, sus «Discursos á la Nación alemana» Nación que estaba humillada indeciblemente, ante sí misma y ante las demás naciones. En efecto, cierto día Guillermo de Humboldt y Juan de Müller estaban contemplando los ejercicios de los soldados en el jardín de animales, manejando un cabo enérgicamente su bastón. Siendo tantos los regimientos que iban y venían, aquellos dos ignorando si eran alemanes ó franceses, y que estos últimos tenían ocupada la capital de Prusia, Humboldt preguntó á un soldado que casualmente pasaba: éste, francés, contestó con ademán despreciativo: *Ce sont des allemands; vous voyez bien, qu'on les bat!* En efecto, tan relajados estaban los alemanes, que parecían existir solamente para ser apaleados, desollados, pisoteados y escarnecidos. Todo en Alemania estaba en confusión caótica. Cual losa de plomo pesaban la ignominia de la alianza del Rhin sobre el sur, y las determinaciones de la paz de Tilsit sobre el norte. En tal momento emprendió el impávido pensador Fichte la tarea de realzar á los como aplastados espíritus, de inspirar nueva esperanza en los ánimos afligidos y de enseñar la senda del porvenir á una nación quedada en zaga del progreso por culpa de sus clases dominantes y por esto vencida ignominiosamente. El tiempo antiguo ha muerto, apresurémonos á enterrarlo. El nuevo ha nacido, vive, pero es preciso educarlo. ¿Cómo se logra esto? mediante una completa refundición de nuestro modo de sentir, mediante una renovación total del espíritu popular en todas las clases. ¿Y como se lleva á cabo esta refundición, esta renovación? Mediante una educación nacional intensa y extensa, que debe efectuarse con la energía moral más perseverante. Estos son los pensamientos más fundamentales que Fichte sentó y esplanó convenientemente en sus célebres discursos que, dirigidos á

toda la nación han influido al ménos en la parte mejor de la misma. Sin dejarse extraviar ni amedrentar por el tam-tam de los tambores franceses que recorrían las calles de Berlín, el orador inspirado mostró al pueblo prusiano, al pueblo alemán, el camino que debía seguir para arrojar de Alemania á los soberbios conquistadores.

Sobre la teoría de Fichte del yo absoluto y sobre la soberanía jeanpauliana del humor, la escuela romántica colocó su dogma de la «ironía», en virtud de la cual el hombre, es decir, el hombre de talento, el hombre ideal y moral, el poeta, el artista, en fin, «el genio», sería capaz y autorizado á hacer con el mundo objetivo un juego arbitrario irónico. La cumbre de semejante geniali-



ENRIQUE DE KLEIST.

dad y exclusivismo, la alcanzaba el verdadero romántico si llegaba á la maestría en el «arte de la haraganería». Para completar esta doctrina romántica que, como se ve, había conseguido felizmente la completa inversión del imperativo categórico de la despreocupación, contribuyó esencialmente la filosofía natural de Schelling, la deificación del universo porque favorecía la inclinación y tendencia románticas hácia la universalidad. Federico Guillermo José Schelling, de Leonberg (1775-1854) construyó en el primer período de su filosofar sobre la inversión de la tesis de Fichte, de la construcción del mundo por el yo creador una teoría según la cual lo ideal procedería de lo real, espiritualizándose la naturaleza en pensamientos y siendo por lo tanto la naturaleza el espíritu visible y el espíritu la naturaleza invisible. Esta «identidad», esta mismidad de espíritu y materia, de lo ideal y lo real, del pensar y del sér, es lo «absoluto» que se revela en la vida universal de la naturaleza como principio formativo según una ley general de polaridad en virtud de la oposición de fuerzas contrarias, más en la conciencia subjetiva del hombre llega á

conocerse á sí mismo, siendo de todos los grados de la existencia natural otros tantos peldaños por los que el espíritu se eleva á su libertad y al conocimiento de sí mismo. Según esto, el universo sería una unidad orgánica animada por la razón absoluta. El segundo período de la evolución de Schelling, pasó con esfuerzos poco productivos de dar forma sistemática á este panteísmo por medio de préstamos hábilmente colectados de los filósofos griegos, de Bruno, Spinoza, Böhmer y Leibniz. En su tercer y último período, Schelling hizo varias tentativas fantásticas de crear para su dios-mundo ó mundo-dios, una mitología, con la cual faltándole por completo la fuerza creativa, adoptó finalmente la cristiana, por cuanto la necesidad de tener algo místico y mítico se agarró á los mitos y misterios del cristianismo. El final de la filosofía Schellingiana era, pues, la apostasía completa del principio racional á la fé revelada.

En Federico de Hardenberg (á Novalis, en el cual la escuela romántica veneraba su vate y profeta, vemos consumada la vuelta del protestantismo al catolicismo, sin que él haya verificado el paso formalmente. Novalis era un hombre de genio y una alma pura; su primera lucha para encontrar una forma en que la religión, el arte y la ciencia pudieran moverse sin que peligrara la libertad, ofrece un espectáculo enternecedor. Cansado creyó finalmente haber encontrado lo apetecido en un catolicismo arreglado arbitrariamente, atrayéndole sobre todo la poesia del culto de la madre de Dios:

«A tí, María, élévanse	Esperan sanar
Mil corazones ya;	Con gozo barruntador,
En esta vida ficticia	Si tú, santo sér,
Apetecen tan sólo á tí;	Los aprietas á tu leal pecho.»

cantó él, y sus «Canciones espirituales» celebran en general y con un fervor y una entrañabilidad incomparables la fusión de misticismo y sensualidad en el catolicismo. Con lógica consecuencia Novalis rechaza la reforma así como la despreocupación, alaba á los jesuitas, se aparta de la «luz procaz» del día y ensalza en «himnos á la noche» que considerados poéticamente eran sin duda la producción más original de todo el romanticismo, la «santa, inefable, misteriosa» oscuridad. Como romántico genuino, Novalis era fragmentista en su pensar y componer, porque la arbitrariedad romántica no poseía potencia para crear obras grandes; por esto los conatos poéticos más importantes de los románticos, el *Enrique de Ofterdingen* de Hardenberg, la *Guerra de las Cevenas* de Tieck, el *Guarda de la corona* de Arnim, y los *Romances del rosario* de Brentano, se quedaron á medio camino. La envidia nacida de semejante impotencia, era la que instigaba á los románticos á ladrar contra Schiller, pobres enanos contra el gigante que desdeñosamente pasó por encima de ellos y sólo ocasionalmente les echó un «pisaverdes» y «perdidos.» Los más ponzoñosos contra Schiller, cuya potencia creadora y energía moral había de ser un gran escándalo para los románticos, eran los hermanos Augusto Guillermo y Federico Schlegel, éste, el verdadero doctrinario del romanticismo porque sabía combinar y arreglar hábilmente en programa lo que

había tomado de Fichte, Jean Paul, Schelling y Novalis; aquél era el predicador ambulante y comisionista literario de la nueva escuela. Las poeterías originales de los dos hermanos, son ceros, cosas frías, afectadas, confeccionadas según las recetas de la doctrina romántica, fabricadas en el sentido más trivial de la palabra. Pero los dos Schlegel no tienen poco mérito como continuadores de la idea herder-götheana de una literatura universal, y como fundadores de la historiografía de la literatura alemana. Los dos hermanos fueron de los primeros en hacer accesibles á sus paisanos la poesía y sabiduría del Oriente antiguo. Augusto Guillermo abrió también nuevos campos al arte traductoril alemán, pues artista-traductor de primer rango, dió á su país un Shakespeare alemán é inició á sus contemporáneos por primera vez en grande escala en los méritos de Dante, Calderón y Camoens. No siguió la moda romántica de hacerse católico como lo hizo su hermano Federico, quien al igual de los dos afiliados al romanticismo, Adán Müller y Federico Gentz, se «convirtió» para vender su pluma á Metternich y llegar así á meter la mano en la caja de ducados de la cancillería de Estado de Viena. Esos camaradas y otros «convertidos» posteriores han hecho gran daño á su patria como abogados del retroceso eclesiástico y político como bocinas y plumas del absolutismo y ultramontanismo. Sistemáticamente, pero de una manera muy sosa y cargante enseñó el camino á los apetitos retrógrados románticos, el convertido Haller de Berna, por medio de su *Restauración de la ciencia política* (1816). Ingenioso y hablista el mercenario Federico Gentz cubrió todas las tendencias y actos de la reacción con una capa de palabras lustrosas, siendo el prototipo muchas veces imitado, pero hasta ahora no igualado, de todos los escritores venales. La moda de hacerse católico reinaba una temporada también entre los artistas alemanes; en tropel corrían á Roma creyendo que podían pintar madonas rafaélicas ó esculpir profetas buonaróticos, haciendo untar con crisma romano la frente tras la cual no había cerebro. Una de las «conversiones» más sorprendentes era la del poeta carbuncularre y archiromántico Zacarías Werner, del cual no decía más que la verdad el epigrama asestado á él, pero aplicable á muchísimos de los «convertidos» de entonces:

«Muchas conversiones hay y éste es un orden en la vida:
Primera, la disipación; segunda, la beatería.»

Pues de un disipado libre pensador de la ralea más inmundada se hizo predicador penitenciario católico, cuyas capuchinadas pulpales servían de nuevo pasatiempo á los aburridos gozones y gozonas del congreso de Viena.

No le faltaron al romanticismo alemán adeptos de grandes dotes que enriquecieron el tesoro de la literatura nacional, de muchas joyas si bien engastadas de una manera más ó ménos grotesca. Así hicieron Achim de Arnim, y Clemente Brentano cuyas aspiraciones y composiciones eran al principio guiadas por el instinto acertado de la necesidad de recurrir á lo popular, á lo nacionalmente original. Realmente publicaron juntos el *Cuerno maravilloso del niño* (1808), célebre colección de cantos populares alemanes que á pesar

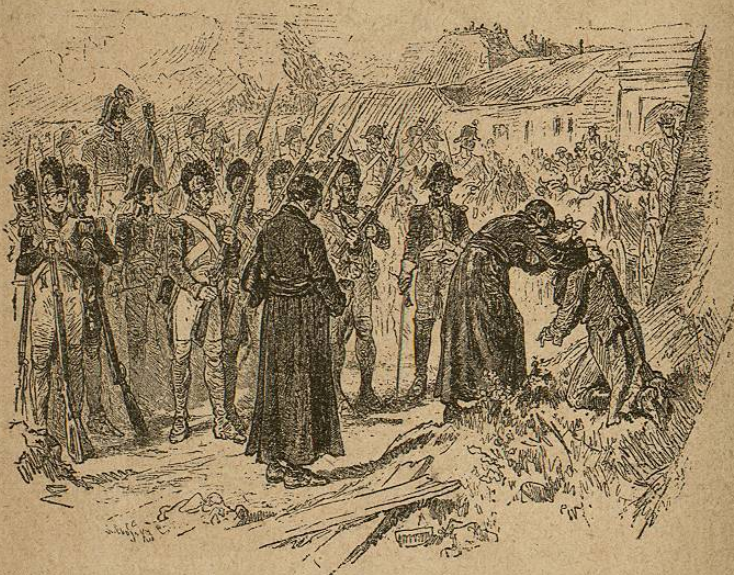
de haberse pulimentado hartas veces con romántica arbitrariedad han contribuido mucho á refrescar y regenerar la lírica alemana. Las propias poesías de los dos eran en conjunto más bien atrevidas intenciones que satisfactorias realizaciones, yendo finalmente á parar á lo informe, esquemático y grotesco. Como su poeta principal proclamaron los jefes de la escuela romántica á Luis Tieck de Berlín (1773-1853). Este, anunciaban al son de trompetas y atabales, debía borrar á Schiller y enseñar hasta á Göthe lo que era componer poesías. Y efectivamente la montaña romántica parió luego con mucho ruido un ratón, ó mejor dicho varios ratones; las comedias literario-satírico-polémicas de Tieck por las que un trabajo que Göthe y Schiller habían ya hecho mucho mejor en sus *Xenias*, fué hecho otra vez, y las leyendas dramáticas épico-líricas de *Genoveva* y *El emperador Octaviano*, verdaderas mescolanzas de todos los motivos y formas posibles, un batiburrillo insípido de retintinería romántica. Todo esto y muchos otros productos tieckianos por el estilo están ahora completamente anticuados y olvidados, pero el que la *Genoveva*, esa glorificación de la Edad media sin plan ni unidad, arbitrariamente remendada con los trapos y girones más abigarrados, fué colocada por los mentecatos románticos incondicionalmente al lado y aun por encima del *Faust* de Göthe, esto junto con el hecho que al mismo tiempo que Schiller daba á la nación sus dramáticas obras de maestro, el bufón y pullista Kotzebue gozaba de una popularidad inmensa, arroja una luz singularmente triste sobre la procacidad de la estupidez de partido, así como sobre la posición que la turba multa suele tomar con respecto á lo verdaderamente grande y bello. Por lo demás, Tieck se ha mostrado verdadero poeta en sus *Cuentos*, coleccionados en el *Fantásus*, acertando á dejar obrar maravillosamente el encanto de la famosa *Soledad silvestre* romántica y como estilista de perfección suma en sus numerosas novelas que reúnen con profundidad psicológica fina ironía, exuberante humor. Lástima que pusiera también su novelística al servicio de sus manías románticas desperdiciando con esto su efecto nacional y viéndose limitado á servir de golosina á los gastrónomos literarios.

De mucho lo más satisfactorio y fructífero del romanticismo fué la arteria patriótica que en ella pulsaba. Mediante esta arteria estaba enlazada, confesándolo ó negándolo, íntimamente con el giro verificado por Schiller en el *Tell*, del cosmopolitismo al nacionalismo. La patria sojuzgada por Napoleon, la patria oprimida, despojada y atormentada echó del alma del más genial de los románticos, del alma de Enrique de Kleist (nació en 1776 en Francfort del Oder) un alarido penetrante, el drama compuesto en 1808 con vengativa alusión á la tiranía francesa, *La batalla de Hermann*, que no pudo representarse ni imprimirse, por cuyo motivo el autor escribió en la portada del libro el lamento:

«Ay de tí, patria mía! Pulsar la lira en gloria tuya,
Está vedado á mí, tu poeta leal, en tu regazo.»

Kleist, quien pagó un tributo evidente en su «Catalina de Heilbronn» á lo morboso inherente al romanticismo, enriqueció la literatura alemana con la

comedia magistral *El tarro roto*, con el drama histórico magistral *El príncipe de Hamburgo* y con el cuento magistral *Kohlhaas*. Era además por el curso y el final de su vida una de las figuras características de la época más triste de Alemania. En un abismo de trágica nos deja ver la relación de Kleist con Enriqueta Vogel, su amiga, no su querida; ella era la mujer de otro, pero aun sin esto, destornillada ella misma en lo más profundo no habría podido apaciguar el demonio en el alma del poeta, quien bajo la opresión de la tiranía extranjera desesperaba de sí y de su nación. El final fué una catástrofe



FUSILAMIENTO DE PALM.

cuya realidad excedió en horror á la imaginada en «*Werther*.» En un momento malhadado, Kleist había prometido á la amiga enferma matarla cuando no pudiera aguantar más la vida, y cumplió su palabra. El 21 de noviembre de 1811 el poeta mató de un pistoletazo á orillas del lago de Wan cerca de Postdam, primero á Enriqueta y luego á sí mismo.

El acento patriótico entonado por Kleist resonaba en poderosas vibraciones por todo el período de la humillación más profunda de Alemania y de su sublevación contra el napoleonismo. Muy característicamente el principio de este período de vergüenza después que en 12 de julio de 1806 se había establecido la prefectura napoleónica en el territorio alemán, la alianza del Rhin y los serviles prefectos napoleónicos, los príncipes que formaban aquella



ANDRÉS HÓFER EN EL MONTE ISEL.